

figurándome que su aparición era efecto del canto que en su loor habías entonado, y á tal punto subió mi confusión que estuve largo rato sin poder acertar con el puño de la espada.

— Circunspecto en demasía eres, dijo el emir, cuando pelagra la vida de tu amigo, y á fe que la mía hubiera sido, con deshonra tuya, juguete de ese frenético, sin que tú hubieras movido un dedo en su defensa, no obstante de hallarte á su lado montado y prevenido.

— Ya te he dicho, musulman, repuso el cruzado, que ese desconocido no fué otro á mis ojos que el mismo diablo, y sabiendo que eres de su linage, creí que estabais comunicándoos secretos infernales, cuando te ví en sus brazos.

— No me satisface tu respuesta, dijo el musulman, pues es cierto, hermano Kenneth, que si el mismo príncipe de las tinieblas hubiera venido á tomar las riendas de mi caballo, tu obligacion, en fe del pacto de amistad y buena compañía que nos hemos

jurado, era entrar en combate con él y en mi defensa. Y sabe además, que lo que tiene de diablo ese Hamako, de cuyo desmán has sido testigo, mas pertenece á tu linage que al mio, pues en él estás viendo al anacoreta en cuya busca vienes.

— ¡Este! exclamó sir Kenneth, fijando mas atentamente la vista en el de las pieles de cabra. Te burlas de mi credulidad. Este no puede ser el venerable Teodorico.

— Pregúntalo á él mismo, dijo Shirkohf, si no quieres dar asenso á mis palabras. Y oyendo las del Sarraceno el ermitaño, hizo seña de consentir en lo que aquel decia.

— Yo soy Teodorico de Engaddi, dijo entonces con voz grave y sonora: yo soy el huésped del desierto; el amigo de la cruz; el azote de todos los infieles, malsines y paganos. ¡Ay de vosotros! ¡Ay de Mahund y de Termagaunte, y de todos sus sectarios! Y sacando entonces de su túnica de pieles un azote hecho de menudas varas, atadas con alambre, empezó á agitarle en el aire con singular destreza y agilidad.

— Este es el santo que los tuyos acatan, dijo el musulman, soltando al cabo la risa que no podia ya contener, viendo la extrañeza con que las miradas atónitas del caballero seguian los movimientos y contorsiones del ermitaño, el cual, despues de haber agitado el azote en todas direcciones, como si le fuera á asestar contra alguno de los dos guerreros que le observaban; finalmente descargó el golpe en una piedra que cerca de él se hallaba, partiéndola en pequeños fragmentos.

— Loco está por vida mia, dijo sir Kenneth.

— Loco, pero favorecido del Altísimo, respondió el emir, siguiendo en esto la opinion de los pueblos del Oriente que atribuyen la locura á divina inspiracion. Sabe, cristiano, que un ojo ve mas, cuando el otro está privado de vista; que cuando se corta una rama, la otra adquiere mas vigor; y del mismo modo, cuando se turba y altera la inteligencia de las cosas terrenas, se perfecciona y sutiliza la de las espirituales y divinas.

La voz del Sarraceno quedó á la sazón ofuscada por los gritos del ermitaño. — Yo soy Teodorico, exclamaba en voz fuerte y sonora, aunque en tono melancólico y plañidero; yo soy Teodorico de Engaddi, la antorcha del desierto; el azote del paganismo. El leon y el leopardo serán mis compañeros, y hallarán asilo bajo las peñas de mi gruta. El cabrito reposará tranquilo entre sus garras. Yo soy la antorcha y la linterna. *Kirie Eleyson.*

Echóse á correr en seguida, y terminó su carrera dando tres saltos enormes, que si probaban la ligereza y vigor de sus músculos; no parecieron al caballero escoces ademanes propios de un santo anacoreta; por lo que su confusion aumentaba á cada paso, no sabiendo que pensar de todo lo que sus ojos veian.

— Ya ves, dijo el Sarraceno, que habia penetrado el sentido de las palabras de Engaddi, que nos convida á ir á pasar la noche en su gruta, y ciertamente aquel es el único sitio que estas cercanías nos ofrecen para

nuestro descanso. Tú eres el leopardo, como lo demuestra la figura de tu escudo; yo soy el leon, como mi nombre lo dice, y él es el cabrito, significado por la túnica que le cubre. No le perdamos pues de vista, ya que su paso es como el del dromedario del desierto.

En efecto, no era fácil seguir los pasos de Engaddi, pues aunque se detenía de trecho en trecho, alentando con sus gestos á los dos caminantes, como era práctico en los rodeos y encrucijadas de aquella soledad, y poseía además una extraordinaria ligereza, adquirida quizás en el continuo ejercicio á que le impulsaba el estado inquieto de su mente, guió á los caballeros por tan ásperas veredas y angosturas, que aun el Moro, con ir tan ligeramente armado, y su caballo con estar acostumbrado á aquellos terrenos, corrieron mas de una vez el peligro de dar en tierra: mas aun fué mayor el enojo del caballero cristiano, el cual mas bien hubiera querido aventurar la vida en batalla campal, que exponerse con su trotero, cargados de hierro, como los dos iban, á los resbaladeros, y

tropezones que á cada instante daba. Tuvo por fin la satisfaccion de ver al santo varon, parado á la entrada de una caverna, con una tea embetunada en la mano, que despedía una luz brillantísima y un fuerte olor de azufre.

Desmontó el caballero y entró en la cueva, cuyo aspecto no prometía alojamiento cómodo ni espacioso. Estaba dividida en dos cámaras, la primera de las cuales, que era la de la entrada y servía de capilla al anacoreta, tenía un altar de piedra y sobre él un crucifijo de raiz. En un rincon de esta pieza acomodó el cruzado su caballo para pasar la noche, no sin sentir algun escrúpulo de destinar á tan bajos usos un sitio consagrado á la devocion: mas el Sarraceno, que ya habia hecho lo mismo, le dió á entender ser la costumbre de cuantos cuballeros allí se hospedaban. El ermitaño al mismo tiempo se ocupaba en disponer la cámara interior para alojar en ella á sus dos huéspedes. En el testero de esta segunda pieza se veía una puerta de groseras tablas, que era la de la celda en

que el solitario dormía. El piso había sido puesto á nivel por mano del mismo anacoreta y estaba cubierto de arena, que él regaba todas las mañanas con agua del raudal, que manaba en una de las rocas exteriores, y proporcionaba en aquel ardiente clima, deleite y satisfaccion al oído y al paladar. Véanse en los rincones algunos colchones formados de tallos entretrejidos, y las paredes labradas como el suelo, estaban adornadas de olorosas flores y arbustos. El ermitaño encendió dos hachas de cera, cuya luz alegró algun tanto el sombrío aspecto de la gruta, que hacian mas grata todavía la frescura y fragancia que en ella reinaban.

En un rincon se veian algunos instrumentos de labranza, y en otro un nicho que encerraba una tosca imágen de la Virgen. No habia otros muebles que una mesa y dos sillas, cuya hechura, aunque ruda y grosera, denotaba ser obra de las manos del anacoreta, por no semejarse en nada á los que usan comunmente los pueblos orientales. Teodorico puso en la mesa, con acierto y órden, que

contribuyeron á excitar el apetito á sus huéspedes, algunas raices y legumbres y un plato de carne ahumada. Estas demostraciones de cortesía, aunque mudas y acompañadas tan solo de gestos, aumentaban la confusion de sir Kenneth, que no sabia conciliarlas con la conducta violenta y hostil del ermitaño en su primer encuentro. En efecto, Teodorico aparentaba modales graves y comedidas, y las facciones de su rostro hubieran sido nobles y magestuosas, á no ser por los estragos que habia hecho en ellas la austeridad de su vida, y por la humillacion religiosa de que estaba penetrado. Su porte y continente eran los de un hombre nacido para dominar á los otros, pero que ha abdicado su imperio para consagrarse de un todo al servicio de Dios. No obstante lo cual, su estatura gigantesca, las largas mechas de sus cabellos y barba, y el fuego que centelleaba en sus ojos, indicaban mas bien el arrojado y el denuedo de un soldado, que la abnegacion y la humildad de un penitente.

El Sarraceno que miraba al anacoreta con

cierta veneracion, dijo al caballero escoces : « El Hamako está ahora en un intervalo de razon ; pero nunca habla hasta despues de haber comido. Es un voto que ha hecho. »

Teodorico hizo seña á sir Kenneth que se sentase en una de las sillas, mientras Shirkohf se colocó á la manera de los orientales, sobre un cojin de esteras. El ermitaño juntó entonces las manos, en ademan de bendecir los manjares que estaban sobre la mesa, tras de lo cual los dos huéspedes empezaron á comer, sin desplegar los labios. Este silencio era acorde á la gravedad natural del Sarraceno ; imitóle el cristiano, reflexionando entre tanto sobre la diferencia que notaba entre las furiosas gesticulaciones, gritos penetrantes y acciones temerarias de Teodorico, cuando por primera vez le vió en el desierto, y la magestad, comedimiento y benévolo esmero con que á la sazón estaba desempeñando las obligaciones de la hospitalidad.

Terminado el frugal banquete, durante el cual el anacoreta no probó bocado, quitó de

la mesa los fragmentos que habian quedado, y presentó un vaso de sorbete al Moro y un frasco de vino al Escoces.

— Bebed, hijos míos, dijo rompiendo el silencio que habia guardado hasta entonces ; gocemos de los dones de Dios y bendigamos al que nos los dispensa.

Dicho esto, se retiró á la cámara exterior á entregarse á sus oraciones y dejó solos á los dos huéspedes. Sir Kenneth dirigió entonces algunas preguntas á su compañero, con designio de averiguar todo lo que este sabia acerca de Teodorico. No era una vana curiosidad la que le empeñaba en esta indagacion, pues ademas de no saber como entender tan extraordinaria variedad de acciones y conducta en el mismo hombre, pasmábale mucho mas que este mismo hombre estuviese en alta estima y reputacion entre los mas eminentes teólogos y varones doctos y piadosos del mundo cristiano. Teodorico, el ermitaño de Engaddi, habia sido corresponsal de los papas y concilios ; sus cartas, llenas de elocuente fervor, habian

descrito las miserias y persecuciones de los cristianos latinos en tierra santa, con colores no menos vivos que los que empleó Pedro el Ermitaño, cuando predicó la primera cruzada en el concilio de Clermont. El caballero escocés tenia encargo de varios gefes del ejército de la cruz, de comunicar á Teodorico materias de gran peso é importancia, y observando en los usos y conducta de tan reverenciada persona, las contorsiones de un fakir iluso y fanático, no quiso proceder adelante en el desempeño de su comision, sin examinar pausadamente las circunstancias que concurrían en aquel indefinible personage.

Esta comision era el principal objeto de la romería que habia emprendido, por caminos tan difíciles y peligrosos, y por lo tanto, la prudencia le aconsejaba usar de la mayor reserva y precaucion en su desempeño. El emir solo pudo darle algunas ligeras ideas acerca del ermitaño, las cuales se redujeron á lo siguiente: que habia sido en otro tiempo soldado esforzado é intrépido, sabio en los

consejos y afortunado en el combate, de cuya última circunstancia daban todavía testimonio su fuerza y agilidad; que habia venido á Jesuralen, no como peregrino, sino con el propósito determinado de pasar la vida en aquellos santos lugares; que despues habia fijado su residencia en aquellas enmarañadas asperezas en que á la sazón se hallaba, respetado por los latinos, á causa de su austera fervorosa devocion, y por los Turcos y Arabes, que creyéndole insano y lunático, atribuían esta dolencia mental, á un efecto de la inspiracion divina. Por esto le habian dado el nombre de Hamako, que significa loco en lengua turca. Shirkohf no sabia como definirlo. Decia que sin duda alguna era hombre sabio, capaz de hablar horas enteras sobre la sabiduría y la virtud, sin dar la menor señal de desacuerdo. En otras ocasiones solia comportarse con furor y violencias, aunque nunca le habia visto tan perversamente dispuesto como en el encuentro de aquella tarde. Lo que mas le sacaba fuera de sí era oír hablar sin respeto y con escarnio de su

propia religion: por lo que en cierta ocasion, habiendo unos Arabes errantes insultado sus ritos y destruido su altar, salió solo en su busca, los atacó denodadamente y les dió muerte con el azote que siempre llevaba consigo, y que era la única arma de que se valia. Este suceso habia hecho mucho ruido en todos aquellos alrededores, y desde entonces, sea por miedo del azote, sea por la veneracion debida al carácter de Hamako, las tribus del desierto respetaban su morada y su capilla. Su fama se habia propagado hasta llegar á oidos del soldan Saladino, el cual habia dado la órden de que todos sus vasallos le protegiesen y se abstuviesen de injuriale. El emir añadió que él y otros musulmanes de alta gerarquía habian venido mas de una vez á la gruta del ermitaño, no solo á satisfacer la curiosidad que debia inspirar generalmente un personage tan extraordinario, sino porque creian que un hombre tan versado en las ciencias como el Hamako cristiano, podria hacerles columbrar algunos sucesos del porvenir. « Tenia antes, continuó el Sarraceno,

un Rashid, ó sea observatorio, de grande elevacion, desde el cual observaba los movimientos de los cuerpos celestes, y especialmente los del sistema planetario, por cuyos aspectos é influjos, segun la creencia comun de cristianos y Sarracenos, puede vaticinarse el curso de los negocios y acaecimientos humanos. »

Esto es lo sustancial de la relacion del emir Shirkohf, la cual dejó en duda al caballero escoces, sobre si el destemple del ermitaño provenia de su excesivo fervor y celo, ó si era mas bien una ficcion de que echaba mano, para gozar de las inmunidades que á su abrigo le concedian los encarnizados enemigos de su religion. Y en verdad que parecia inexplicable la demasiada condescendencia que estos le habian manifestado, considerando el fanatismo propio de todos los sectarios de Mahoma, en medio de los cuales vivia, aunque tan contrario á sus creencias y á sus ritos. Llegó tambien á sospechar que reinaba entre el ermitaño y el Sarraceno mayor intimidad y mas estrecho conocimiento,

que lo que aparecía por las palabras de este, á quien el primero había llamado con un nombre diferente del que él decía ser el suyo. Todas estas consideraciones requerían precaución, ya que no sospecha: por lo que determinó observar al ermitaño con escrupulosa atención, y no precipitar la importante comunicación que los gefes de la cruzada habían confiado á su discreción y diligencia.

— Paréceme, Sarraceno, dijo el del Leopardo, que nuestro huésped no es mas acertado en el uso de los nombres, que en las otras acciones de vida. El tuyo es Shirkohf, segun me has dicho, y él te ha dado otro muy diferente.

— El nombre que me dan en la tienda de mi padre, dijo el emir, es Ilderim; y por este me conocen muchos. Los soldados me conocen por el Leon de la Montaña, que es el dictado que me he adquirido con el acero. Pero callemos; que el Hamako se acerca para convidarnos sin duda á recogerlos. Sé sus costumbres, y que nadie debe velar mientras él vela.

El anacoreta entró pausadamente, y cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza, puesto en pie en frente de los dos extrangeros, exclamó devotamente: « Bendito sea el nombre de aquel que envía la quieta noche despues del ruidoso dia y el sueño tranquilo que restaura los cansados miembros y el agitado espíritu. »

« Amen, » respondieron los dos guerreros, y levantándose de la mesa, se dirigieron á las camas, que el solitario les indicó con la mano, retirándose otra vez despues de haberlos saludado con una profunda inclinación.

El caballero del Leopardo se aligeró entonces del peso de la armadura, ayudándole el Sarraceno en desabrochar las chapas y hebillas, y quedando despues con su veste de gamuza, que era el traje que los caballeros y soldados usaban debajo del peto y espaldar. El Sarraceno, que habia admirado la fuerza de su adversario, cuando le vió cubierto de acero, no vió con poca sorpresa las arregladas proporciones de su nervudo y bien for-



mado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escocés ayudó al Sarraceno á desceñir el ropage exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirigieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro hácia la Meca, y el cristiano, temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillóse delante de ella, encaróse á la cruz del puño y recitó el rosario, con una devoción que realzaba el recuerdo de las escenas y peligros de aquel dia. Los dos guerreros, cansados de aquella larga y difícil jornada, quedaron muy en breve sepultados en profundo sueño.

#### CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando le sacó de él un peso extraordinario que sintió oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él á brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso